

KARRA MAW'N (1984)

CALIDAD DEL SUELO, DEL AGUA Y DEL AIRE EN KARRA MAW'N

No era baldía aquella tierra.
Bastaba con mirarla, sostenidamente
durante tres o cuatro lunas
y reventaban en los tallos
las metáforas.

Apenas con poner
un gramo de roja tierra en la palma de la mano
acontecían cerezas.

Hablar en mapudungu,
murmurar apenas la lengua de la tierra
era hacer vibrar en el aire
la canción de la tierra.

Poesía hermética para el académico.
Poesía elemental para el habitante de la ruka:
como respirar de cara al puelche
o sacar peces del estero.

DE LO QUE ACONTECE CUANDO EL CRONISTA SE ALEJA DE SU TIERRA

Karra Maw'n
tierra de sorpresas y admiración climática
casi como el torrente de Neltume
o el hilo de la luna nueva perforando la niebla—

Karra Maw'n
cuando me alejo de tus bosques
la nube ploma cubre con su acero los almácigos
da un vuelco el corazón de los paseantes
bajo la lechuza que dormita en el tinglado—

La vaca, echada, ya no mastica el pasto seco
cobijado en los galpones y los cachorros de trapial
(*felis concolor*) gimen porque la lluvia
se ha quedado sin poeta.

mucha sangre antes del trigo
y maremotos
(las aguas subían por las faldas de los volcanes
y de los volcanes brotaba el infierno rojo).

La primera población marginal de Karra Maw'n
fue la de los indios
que habían nacido
en Karra Maw'n.

¡WEÑEFE!

¡ÑIÑOKO! —airaban los indios
pero nadie se dio por aludido.
Y LAS TORRES DE SANGRE BAILABAN
EN TORNO AL ÁRBOL DEL MUNDO.

DE CÓMO LA INDIADA LE PERDIÓ EL RESPETO A LOS CABALLEROS

Los indios creían
que el español y su caballo
eran, ambos, una sola piedra irreductible.
Sin embargo, con el tiempo
disolvieron ellos en sus mentes
esa hermosa costra primitiva.

Un día dieron caza a un gran caballo
y lo pusieron en tierra
y lo mataron a palos.
Después ahumaron la carne
y se la comieron.
Y como no se indigestaron
vieron ellos que era bueno.

Pero el winka, cual cola de lagarto
continuaba, aún, en movimiento.

Entonces, vieron los mapuches
con los huilliches y pikunches
que el español era –a ellos–
casi en todo parecido.

Que también tenía pelos
y miedo en los bolsillos.

Y que caían al suelo
y se podrían.

Entonces, los indios construyeron
el siguiente silogismo:

«TODOS LOS WINKAS SON MORTALES»

Y vieron ellos que era bueno
darse cuenta que eran hombres
y no demonios ataviados
con las camisetas del cielo.

«*Hay que matarlos a todos
para que la guerra se acabe*» – NÁJERA.

Se había cumplido el augurio del chucau
ave selvática *Pteroptochus* que es prima-hermana
del cisne que fallece
y los indios se marcharon
hacia el interior o La Frontera

¡WELE NAMÚN!
¡MAN NAMÚN!
¡WELE NAMÚN!
¡MAN NAMÚN!

Hacia los cerros.

DE POR QUÉ LOS NATIVOS NO ERAN PEREZOSOS SEGÚN SE CREÍA

Creció como maleza el español sobre la tierra.
Brotaron, de a caballo, significantes de mal agüero:
cañón
castillo
yelmo
lanza
y pica,
sobre el valle de Karra Maw'n

creció tanto la maleza
que hasta fue posible creer
en el abandono
o la flojera

(MILAN STUHLIK: «¿Por qué se dice que los Mapuche son flojos y cerrados, cuando yo los encontré muy abiertos, ansiosos de aprender y amistosos? La respuesta es simple: los Mapuche están aquí: no son ellos culpables si la sociedad los evalúa y los trata con diferentes enfoques y de diferentes maneras.»)

Valientes guerreros
heroicos libertarios
bandidos sangrientos
flojos
borrachos
taciturnos
ignorantes
retrogradados,
«WINKA TREWA, WINKA PILLO»
Es todo lo que dicen.

SHALAMANKATÚN

1

Roja es aquí la tierra
y verde está en el cielo la morada
de los que pelearon y murieron.
Shalamankatún,
la escuela de la maldad vino de afuera:
vino de España
con su espada y su cruz de hierro,
vino de Alemania y después de los propios chilenos:
*«Esta guerra no nos costará
sino mucho mosto y mucha música»*
(Cornelio Saavedra en carta al presidente Pérez).
Shalamankatún,
verde está aquí la tierra
y el cielo está rojo como un infierno.

2

«La tierra nos pertenece.
Cuando llegamos, sólo estaba el mamut
hundiéndose de a poco en los pantanos.
El pejerrey estaba solo
memorizando la luz del ventisquero.
Sólo estaba el halcón
agitando hacia el sol sus alas.
La tierra es nuestra.
Para siempre la hemos heredado
y perverso es quien nos la quiere
quitar con papeles falsos,
con barriles de chicha de manzana
o con patadas, simplemente».

3

«¿Para qué queréis la tierra?
No sabéis qué hacer con ella.

Sembráis, nada más, para llenar el buche.
No planificáis vuestra economía.
No hacéis *marketing*.
Os devoráis el grano destinado a la semilla.
Con el maíz elaboráis bebidas espirituosas.
¿Decís que vuestros ritos son sagrados?
¿Dónde están las iglesias?
¿Qué dioses son los vuestros que no les alzáis ni una sola astilla?
Y lo peor de todo:
cada varón de vuestras tribus
coge cinco o seis mujeres para sí solo.»

4

«Nuestro dios es un árbol
un matapiojo
o un trueno.
Si Dios no está allí,
Dios no existe.
Dios presencia viva *in situ* a cada rato.
Y no en los templos,
únicamente los domingos.
La naturaleza es nuestro templo.
Ella nos da la lluvia
viento favorable
semen fresco.
Nos da la semilla y el éxito
en el mes de febrero.
Queremos comer, no queremos
hacer dinero».

5

«Viviréis en reducciones.
Cada lonko o jefe de familia
dispondrá de un cuadrado de tierra
el que le será permitido dividir
en nuevos cuadrados
para los hijos varones al casarse.
No crezcáis, no os multipliquéis en demasía
porque, como veréis, los cuadrados
se irán tornando más estrechos cada día.

Esta es palabra del Gobierno.

Posdata: muchas gracias por vuestros gloriosos guerreros de antaño».

6

Shalamankatún, todos los brujos
juegan a la ronda
en torno a la mesa de trabajo.
Y con el trabajo se despiertan los duendes
que traban con los brujos
un ferocísimo combate
hasta que al despuntar el alba
se desvanece el influjo demoníaco
y el señor cronista queda a solas
con sus pobres convicciones a la rastra
de rodillas soportando en las espaldas
los azotes del bastón divino.
Pero en horas de la mañana
se arrojará al Chol Chol de bruces
y el agua helada de las reservaciones vernáculas
curará por completo las heridas de la noche.

Shalamankatún,
verde está aquí la tierra
y azul se ve en el cielo la morada
de los que peleando fallecieron.

PACIFICACIÓN Y ANGUSTIA

Como los brazos de Galvarino arremetiéndolo contra el *establishment*, así de furibundo se dejó caer el silencio. Y con el silencio llegó el miedo, pavor que latía en cada olla, en los dorados flecos de los gobelinos o en las creas erizadas del insomnio.

Visiones repentinas atacaban al público: tilos ciegos que lloraban en los rincones de la plaza, salamandras derretidas en el cielo, témpanos de fuego azul, bosques de nubes plomas sobre un mar de árboles intactos.

No fueron buenos los presagios del silencio. *The foundation of a stable order is the relative security –and therefore the relative insecurity– of its members* (Kissinger). Entonces, el alma que percibía lo funesto pulsó, *ad-hoc*, la solitaria cuerda del espanto.

Con suave risa complaciente planifica el hombre las guerras de exterminio. Miles de cerebros ocupados en hallar la más obscena fórmula para matar al hombre, que ama al sol y, sobre todo, caminar bajo el sol, después del aguacero, cuando puede –el hombre– ganarse el pan y amar el sol.

De este modo, lo normal devino en locura. El entusiasmo en una suerte de ingenuidad. La agudeza intelectual, por extensión, se confundía con la franca estupidez. Y la paz, la genuina paz sin miedo, aguardando por una oportunidad en el bolsillo de la camisa, allí donde, en el lugar del corazón, se entibia el rol único tributario.

Karra Maw'n poseía un clima delicioso. Fructificaron lenocinios-lupanares-burdeles, ambientes en los cuales el colono ideó testamentos y composiciones para piano, en forma especial, «*Schubertwerke*». Los indios cantaban:

«ELELEN TAÑI RUKA
ELELEN TAÑI RUKA
DÉJENME AL MENOS MI RUKA
NO ME LA QUEMEN»

El Wekufe dijo: «Ya es suficiente. Es preciso estropear un poco el Paraíso».

PRIMER ARQUEO₁₉₈₉

LA GRAN PAPA
a miss Cecilia

«*Estas son palabras privadas
que te dirijo en público*» te lo
dijo ya Eliot según traducción
de J.M. Valverde para Alianza Editorial.
Y yo te digo «*a pura pechuga*» como
dijo tu papi te ves formidable
en esa toma de la moto
primer plano

chascona

bellísima

un poco punky para mi gusto qué carajos
«*Expreso a usted en mi nombre
y del gobierno que presido
mis más sinceras congratulaciones*» –cable
de Pinochet

y el cardenal

«*un homenaje*

a la mujer chilena» –dijo.

Pero mucho más bella me serías
(y esto lo digo a título personal)
si nunca hubiese conocido
lo del suicidio de Beatriz en La Habana.

Más bella bellísima pareceríasme
(y te lo digo así nomás a vuelo de pájaro)
si jamás hubiese sabido
lo que la dinamita hizo con los cuerpos de Ronnie Moffit,
de María Loreto Castillo.

Contento me estaría
con la alegría gil
de un gil de derecha invitado al programa
«*Improvisando*».

si jamás hubiese visto

cara a cara

el rostro de Carmen Gloria Quintana
(que es, me parece, a estas alturas
el verdadero rostro de la patria)

LOS OJOS CERRADOS DE LA ESFINGE

Fragmento

Fue así que, conmovidos los poderes naturales
ante palabras tan maravillosas, abrióse *ipso facto* la
ventana dejando el puelche revoltijo de ojos por el cuarto.

Ordené a los risueños dedos que atrapasen, para la esfinge,
un para de ellos. Mas, no fue posible el concierto en esa hora.
Sor Teresa lucía los anteojos del Dany Ortega.
El Andy tuerto, con un ojo de prostituta.
La esfinge era ahora la misma Gabriela y todas las concubinas
de los faraones escribían poesías.
Mahoma entraba en un café-porno de Hamburgo.
Marx cantaba canciones de los Beatles, mientras Moisés
se empinaba una Coca-cola y el cola ponía el culo al puelche.

Hube de arrancar los de mi propio pecunio.
(Figura retórica: ¡quién va a arrancase los ojos personales
por alguien con quien no se ha sostenido, siquiera,
conversación
persona-a-persona!)

Y desde entonces
5.000 años de fornicaciones te contemplan.

MARATHON

Yo soy el atleta consumado,
mi porvenir es brillante.
Los cronistas dicen que llegaré lejos,
mas –yo lo sé– no he de arribar
a meta alguna.
Vengo de la estación de policía
de regreso al cementerio general.
Yo soy el corredor descalzo.
La ruta sembrada de cadáveres famosos.
Tras de mí, los vivos, atletas iracundos,
desean procurarse –a mis costillas–
la victoria. Ellos quieren verme tropezar,
caer, escupir sangre; arrojan vidrio
molido sobre el asfalto; tachuelas,
ratas comedoras de uñas.
¡Rumas de periódicos y libros!
Pero no pueden matarme.
Pero no pueden matarme.
Porque no pueden matarme dos veces...

SANTIAGO DE CHILE 1995

COLOANE

Conocí a Coloane en 1971. Al estrechar su mano se me antojó que saludaba a un molino de viento. Unas mechas blancas jalaban, desde el aire, sus raíces. Se elevaba como un ulmo circundado de obreras. Por momentos me pareció que el varón cabeceaba las estrellas. Sus bolsillos erupaban algas; vertían, a chorros, el agua salada de los mares del sur. Su voz, un trueno paternal. Su conversación, una miríada de errantes bergantines que recalaban, uno tras otro, en el centro del corazón.

En general, tenía olor a cetáceo. A ese cáñamo que se incrusta en las rendijas de los cascos. Al aceite que se acumula en las inmediaciones de los muelles. Algo en él, como a punto de zarpar, le hacía a uno tomarle afecto i, al mismo tiempo, protegerse del potencial vacío, que se tornaba en ruina de la imaginación, cuando, en efecto, desaparecía tras el grueso oleaje de unas cortinas dispuestas allí adrede para dar cauce a esta pobre evocación.

QUE LA VIDA HAGA SU TRABAJO

No abriré caminos en el aire. No reflotaré boyas para nadie. No cambiaré de lugar las piedras sagradas del desierto. Que la vida haga su trabajo.

No cargaré los dados mañosamente por defender mi lámpara de la codicia de mejores profanadores.

Que ponga en mi mano líneas profundas i largas; lo mejor de mi gente, con sus castillos, sus retablos.

Que ponga en mi boca una *baguette*, un vaso de vino tinto, un sexo de hembra cantando.

I que haga su trabajo.

WEKUFE EN NY 1995

TEMA PARA DESPEDIR UN TRASATLÁNTICO
Fragmentos

2

Vértigo de chucherías que relucen en la luz. Ruina de los acongojados. No transcurren las edades en Miami. Aquí se puede renacer muerto. Como si nos sostuviéramos en el aire, uno no duerme, por temor a que la ciudad se desvanezca.

4

Despedimos trasatlánticos al borde de la autopista. Dijimos adiós a un mundo muerto. Sabemos que no son reales esos barcos, sus pasajeros, ni nuestros cuerpos a horcajadas sobre las rompientes.

La película revelará la nostalgia del fotógrafo que añora la pasión arrojada presurosamente al basurero.

Magia de Miami: tornar aparente aquello en lo que ya no creemos.

LUIS OYARZÚN

Honrado es el hombre que advierte,
en el fulgor de las ventanas,
la mirada de sus maestros.
Acaso pueda, él mismo, un día de éstos,
espantar en otros la soberbia.
Anduvo, Lucho Oyarzún, por estas calles levitando.
Viendo, en la luz
–despabilado el sueño– las murallas.
*«El capitalismo de los ricos
frena el capitalismo de los pobres»*
(N.Y. Agosto, 1970)
Y más te vale comprender: ver, en el tiempo,
la palabra.

CHERRY BLOSSOM

a Nelson Schwenke y Marcelo Nilo

Junto a los muelles parece de aluminio el Potomac. El capitolio florece al fondo de una bruma azul.

Las luces de los aviones no cesan en su fulgor, iluminando los camarones en nuestros platos.

Mejor que nunca es el vino cuando se bebe entre amigos que cantan. Cuando el alma está en paz i el corazón late sin prisa, porque el trabajo está bien hecho.

Como barcos de otra época, amarrados en los muelles de las afueras del universo, nos sentimos.

Ni jóvenes ni viejos, no hay expectativas, ni sobreviven las dudas: sagrados i jubilosos son los días.

Es nuestro *karma* encontrar la felicidad a orillas de un río.

PRIMER POEMA EN FILADELFIA

Este es el primer poema escrito
en el viento de Filadelfia.
Este es el árbol original donde la paz
escondida, yace entre las hojas
(Walt Whitman me guiña un ojo azul
desde las espesura del lenguaje)

Oh Filadelfia de los negros!
Sólo caras pálidas en tus universidades.
Pero, en el pórtico de los centros comerciales
la noche negra encuentra su reinado
(Carl Sandburg me grita hacia abajo
desde las cúpulas de esos edificios)

Hermosas barbies en Market Street.
Gente durmiendo en las bocas del Metro.
Macetas con flores en el downtown,
Cadáveres bajo las hojas del Inquirer.
(Corso: Spontaneous Requiem For The American
Indian, a \$3.95 en los supermercados)

FILADELFIA AL ANOCHECER

Fragmentos

Cierro los ojos: voy llegando a Filadelfia al anochecer. Cientos de miles de iluminadas manzanas intersectándose en torno al Delaware.

...

Cierro los ojos/abro los ojos, las luces nerudean a lo lejos. Es preciso que el poeta viaje para amar de un modo nuevo lo que le pertenece: el volcán que lo parió, el corazón de su mujer grabado en el árbol más alto del bosque.

GENTE EN LA CARRETERA 2001

CHAMACO VALDÉS

Porque chuteaste mi infancia hasta las estrellas
del banderín que iluminó mi pieza oscura allá
en los callejones polvorientos
es que quiero escribirte este poema.

«Fuerte y a un costado» –dijiste,
seguro como la bala que ya inició su viaje
y que un día incendiará mi carne
tirándome de bruces en una cuneta.

O como el sol de la mañana
que alumbra la panera
mientras leo en el periódico
una entrevista en que confiesas
cómo deben patearse los penales:

«Fuerte y a un costado» –dices–. «Es lo más
seguro». Así te llevé en el corazón
durante los años en que la vida
se agarraba con estoperoles a la tierra
en la cancha del club Tricolor.

Ahora los dos estamos viejos.
Yo recuerdo casi todos tus goles.
Tú no sabes que escribo poemas.

ESPÍRITUS DEL MAIHUE

Fragmentos

a Ramón Quichiyao Figueroa

«*Por aquí se fe Reyes al exilio*»– me dices, casi en secreto, como si todavía fuese un delito comentarlo.

...

Sabes que le veré pasar, que oleré el sudor del caballo tembloroso, los ojos sobreabiertos, enrojecidos, la sangre en el ijar, la sangre que, caída en el barro, hará brotar geranios.

Pero ahora tú también te has hecho humo y nadie más sabe por aquí el camino de los forajidos. Así es que te dedico esta tristeza, largo rato, hasta que apareces, vestida de quirófano, con un limón en la mano, para indicarme con amoroso gesto el lugar por donde huye del mundo esto que escribimos.

Esto que está hecho del deseo de seguir siendo lo que somos. Nuestros versos son las leyes para un mundo que aún no existe.

WALTER EN SUEÑOS

La diáspora no detuvo el río en el fondo de tus ojos: fluye allí, anchuroso, circundado de totoras nuevas que se agitan con la veloz inmersión de las taguas. Escurre por el bigote, al que tu delgadez se pega como lapa, como arcilla demasiado húmeda en los tejos. Y esa presencia de país pasado en el país de ahora en la carta que sientes latir en el bolsillo del vestón, mientras hundes tus zancadas en la nieve en dirección de a oficina postal.

Allí, donde se reúnen la nostalgia y el ansioso tañido de lo que está por venir, queda una fisura entre las frases. Eternidades que median entre uno y otro énfasis. Algo de ese vaho que exhalan los objetos que una vez amamos, acaso con equívoca intensidad. Rostros queridos, murmuraciones explícitas en la conjunción de Caupolicán con Arauco, cuando parecía que el tiempo existía a la manera de los trenes y que los espacios se ordenaban a sí mismos en virtud del trabajo que oscuros duendes ejercían como divertimento en el más allá.

Cuando viniste a Chile en el verano del 91, los duendes parecían estar ebrios: interrumpían las conversaciones con escenas de otras películas. Las frases, presas del estupor; se aferraban a las manijas de las butacas y nosotros –lo que queda del nosotros que fuimos– permanecíamos sumidos en un profundo silencio, buscando la posibilidad de mirarnos, con el temor de no encontrar el río en el fondo de los ojos.

El río, acaso lo único de esa ciudad que permanece vivo en nosotros. En el redil no lo hemos aullado todo: no hemos escrito nuestros sueños. Nuestras almas adolecen de terrenalidad, ese lodo trágico que moldea nuestros tobillos y que no acaba de soldar. No hemos escrito con luz, ni hemos escrito con aire, ¡qué pobre es nuestra generación!

Para cuando volvamos a reunirnos acaso nos sea permitido volar, sacudir con un golpe de alas el polvo miserable de estas nostalgias, tirarle los tejos al lenguaje que nos hemos prometido.

LA VILLE SUR LA MER DU SUD

Fragmento

Más que la memoria acurrucada en los adoquines de tus calles retorcidas
Que la voz del timonel a través del megáfono en la yola del río
Que el huevo del duende que habita en el corazón de la greda
Que el tábano detenido en el muslo de la joven vestida de azul
Que el paraguas revertido por la ventisca de otoño en la plaza de la república
Que el vino que beben los poetas después de varias lunas sin mirarse a los ojos
Más que el mapa de *Baldive ville considerable du Perou sur la mer du sud*.

Más que las cruces que dejaron las guerras y las flores polvorientas de las procesiones
Que una fotografía de 1890 donde aparece mi abuelo de la mano de su padre que fuma
entre las ruinas
Que una banda de músicos ebrios tocando en la selva de un país olvidado
Que el torreón de Los Canelos en una viñeta de R.P. King
las consignas grabadas en la argamasa 138 años después
La cerveza bebida entre amigos que planean un viaje en automóvil
Mi padre caminando entre los escombros por calle Picarte
El rostro de Adriela iluminado por los fuegos artificiales
El libro *Flandes Indiano* del padre Gabriel Guarda
más que *Yesterday* oída por primera vez presentada por Ricardo García.

Más que mi madre rodeada de gladiolos en el patio de una casa que sólo existe en mi
imaginación
Que el camino a Angachilla en otoño: tú estás embarazada y David Miralles nos fotografía
sentados sobre una ruma de leña
Que el vino blanco con limón preparado por Juan Guzmán Améstica, en verano, al aire
libre, junto al río
Que el puente que parecía ondular después de una dosis de dimecaína líquida
—dónde estará Héctor, donde le habrán cortado el puente los fanáticos de la línea recta—
Que el tío Víctor sentado bajo un tepa observando la lejanía una tarde de febrero 25 años
antes de morir.
Gente bella, objetos de devoción, libros abiertos ante mis ojos sorprendidos
Bizco siempre y a veces sordo, sus imágenes trepan dentro de mí siento escalofríos

Oír conversar a Luis Oyarzún Peña
Ver el cabeceo del yate de Guillermo Westermayer
—río Tornagaleones, 1958—
Los ojos de Jorge Torres cuando sonrío al hablar
El perfume de las lavandas reunidas detrás del paraninfo
y aquel escaño de piedra donde conversamos
por primera vez.

Más que leer el poema «Lejos» de Kavafis, y sentirle tan cerca
Más que las lomas de Coñaripe, origen de mis hazañas
en el arte de escribir palabras para medio centenar de caras pálidas
Más que el cañón con que apunto hacia tu corazón
Más que tu corazón que disparó primero
ya casi ni me importa que sólo seas una ciudad
para mí eres más que un lugar, una época, una circunstancia o un destino
podrías ser una mujer,
podrías ser Dios o un otro mito cualquiera
pero te amo, por sobre todo,
mi corazón te reclama,
tú eres mi poema
la voluntad poderosa que enhebra mis días.

LA GENTE

A la salida del Metro, centenares de ansiosos rictus
perfumando el pánico bajo las solapas
entre ellos *il maggiori fabro*, Ezra
con su abrigo de piel de camello contemplando gente
subir bajar
– como si realmente fuesen a alguna parte.

Las graderías están repletas de ahogados que alimentan
el crimen simbólico de la autoridad.
Y aunque todos están solos en la multitud nos cabe,
por cierto, el derecho a la ilusión.

Amanezco en el desierto
–no escribo esloganes, ni nada; viajo,
sencillamente en bus–
y, a lo lejos,
remota,
diminuta,
una silueta humana se retuerce
entre las antiguas piedras.
Siento, entonces, un sentimiento
que bien podría ser amor.
Cuando en la cárcel comparten
de un mismo plato, utopistas
y desalmados; y en las clínicas
se dan la sangre entre quienes agonizan
Cuando en los aeropuertos
huele el perro
la ropa sucia que cumplió con su deber
y se descubre hermosa
la muñeca
para la hija distante,

Cuando nos internamos por el laberinto de las islas
al sur del mundo
entre matorrales donde reina el zancudo
y el mar
quieto resplandeciente del atardecer
se presenta ante nosotros como una promesa
de fraternidad,
avanzando a toda máquina
sin ver un alma
sobre la arena a la orilla del mar

en un recodo
 entre rías olvidadas, una
carpa de plástico
 un hombre una familia en torno al fuego
 oreando algas,
respirando al borde de todo
 como hace mil años,
a la misma hora en que la ley protege a los asesinos.

O cuando en los rostros
 que los faros de los automóviles iluminan al
anochecer
 descubro cada vez
 emociones que me son queridas,
siento, entonces,
 un sentimiento
 que bien podría ser amor.

Vuelve mi palabra al poema
donde está su hogar, recupera mi casa
su dirección en la memoria del cartero.

Abro la puerta.
 Por las narices se cuela
el aire tibio de mi sangre
 repartida en otros cuerpos.
Y al entrar con ellos en contacto,
 sé que es por la gente
 que yo escribo
y amo
 en este mundo.

GENTE DESAPARECIDA
a Sola Sierra, aparecida en el más allá

Cuando pasen los años
cuando pasen los meses, las semanas.

Cuando este día se acabe
y esta hora radiante
llena de vida que tengo entre las manos
pase de largo
en dirección del vacío que han puesto
delante de mis zapatos.

Cuando este minuto ceda
a la muerte su bocado.
Este segundo, cuando este
segundo sea olvido,
aparecerán tus huesos
o lo que quede de ellos,
descenderá tu rostro
del cartel en que te llevo.

Dormirás, por fin,
para que yo duerma a tu lado.

Volveré a sonreír
como cuando era niña.

ISLA DEL REY 2003

*Flor azul que murmura quedamente
entre piedras amarillas.*
Georg Trakl

LA CASA JUNTO AL RÍO

Sueñas con una casa junto al río, donde en el verde y el azul fluye la sangre que antes fuiste, el semen que un día te puso en circulación. Sueñas con un desfile de totoras que ponen coto al exabrupto de la ingle, allí donde tienes la certeza de que, al pisar en tierra, vuelas. Sueñas con la sombra de una hojas que se mecen en la página en que escribes. El verano expande las estrellas sobre el almácigo en que reposan tus padres.

Desabrochando la blusa, dejas ir tu corazón hacia los campos. Un horizonte de montañas te guarnece del amor que en tu memoria cavó la juventud. Amor que te bendijo cuando aún no comprendías la lengua de la vida. El río murmura la canción que le enseñaron los dioses. Lo que se mantiene en la levedad no ha de ser corrupto.

Y aunque sus habitaciones estén vacías, la turbina desmantelada por extraños o la zarza, aún ardiendo, no te dé clarividencia, sólo en esa casa junto al río te es permitido hallar el cofre que contiene el sustento de tus días.

HACIA LA ISLA

Viajar hacia una isla. Soñar con una proa enfilando hasta su orilla. Inclínada en la baranda, ver resucitar la espuma sobre el verde sombrío del agua.

Sólo para soñar, dormir. Para subir por las narices el olor de los leños flotantes. Para sentir entre los brazos un volumen de tambores. En los oídos, el vocerío de la multitud prisionera en la bóveda del puente.

Cabecear sobre la línea del horizonte hundiendo la quilla en el aceite de los muelles.

Viajar hacia una isla. Entrar en la nube matutina con el timón firme, el corazón vigilante. Y un destino amable precedido de totoras, donde habite, transfigurada, la sonrisa que te dio la vida.

CALIENTES REPOSAN LAS CADENAS

En la proa, calientes, reposan las cadenas. Las sostienes en las manos mientras duermes. Sintiéndome mejor –no más joven, sino memorable– las arrugas en torno de tus ojos son el depósito de una inminente felicidad. Desprovista de los rencores de la inexperiencia, el pasado dejó de ser *hotel de las nostalgias* y es ahora *casa del sol naciente*. En el peor de los casos podrías ser chirigüe. Olvidando todo cuanto puedes, esperas ver el cruce de las nubes que se yerguen por el horizonte.

LOS RÍOS DE LA VIDA

Por las líneas de tu mano fluyen los ríos de la vida. Llegan lanchones cargados con ciruelas hasta tu corazón. En su vuelo, las bandurrias te dirán: dulces pudieran ser tus días si volviesses a sentir amor.

GUACAMAYO

Fragmento

...

Querrías, de momento, acudir al mar, del que te seducen sus pájaros de alas azules. Pero el corazón tienes sumergido en la intimidad de los círculos que las piedras expanden en el agua.

Por el sureste tornan las barcazas que trajeron el idioma hasta tu mesa. Densidad de las totoras que protegen las ruinosas fortificaciones.

Bajo el musgo que crece en las herrumbres se oyen los gruñidos de los que murieron sin pedir perdón.

LA LLANURA ILUMINADA

Me presento en tu cena como un cisne de cuello negro frente a los calamares y las copas vacías. Todo me resulta extraño, como un juego de runas ante el precipicio de la época.

Gira en el gramófono aquella melodía de cuando mis padres me llevaban a la isla. Entro, entonces, en una especie de nirvana. De hecho, ya estoy ebrio cuando veo balancearse el vino en el interior de las copas mencionada más arriba.

Mis ojos se detienen en un cuadro ubicado en el muro justo frente a mi puesto en la mesa. Veo una llanura iluminada que se extiende detrás de un cerco. Se ve próximo el mediodía, la hora en que la luz está indecisa entre seguir joven o comenzar a hundirse en las cunetas.

Me veo corriendo por un pastizal, dejando a mis espaldas un sendero que el viento del verano se encarga pronto de clausurar para siempre. Y siento la infinita tristeza que sobreviene a la evocación de los días sagrados, cuando la vida era una llanura iluminada al otro lado de la verja.

Pero he aquí que una copa te sostiene, cuando la percepción de la fugacidad se te acurruca en el pecho. Y encuentras esperanza en la risa de quienes te acompañan en la mesa.

COMO UNA CASTAÑA ABIERTA ENTRE LAS MANOS

Fragmento

...

Grabándose están en tu memoria, la hoz en el aire, su brillo fugaz por sobre las copas de los árboles. El músculo henchido y, sobre él, las pequeñas venas por donde fluye la vida sin más trámite.

Feliz, apoyando tu espada en el castaño, contemplas con calma todo eso y nada más deseas, pues estás aquí para abrazar lo que la tarde trae hasta tu aura. Para aguardar que caiga, desde una rama, la castaña abierta entre tus manos.

...

CEREZO EN FLOR

Está el niño mirando florecer el cerezo de la casa paterna.

Son sus ojos sendos clavos en la altura, sorprendidos y asustados del color aparecido por el fondo del cielo.

Su alma, como un tiuque, está en suspenso y el mundo entero le da vueltas, sin remilgos.

Ya no desea ser feliz de otra manera. Y quisiera así quedarse para siempre, sin aliento.

Dejó atrás, el pez, la amable charca. La tierra se pobló de lagartijas. Desapareció el caballo lanudo de la estepa. Quedaron ráfagas de bisontes en las gradas.

Pero el niño permanecía aún bajo el cerezo, florecido de la nada.

LOS HOMBRES BARBADOS

–blason des arts–

Al amanecer, vienen por la avenida los hombres barbados. Altos árboles les franquean la entrada. Al fondo del sendero les esperan los asesinos.

Los caballos relinchan en las quebradas. La luz se filtra por entre los ramajes. Hay un aroma de murtas y otro aroma de maqui. Por boca de los hombres hablan las palabras.

Traen en los brazos una gran daga. En su empuñadura relucen los diamantes. Al fondo de la avenida les espera el vino, el laurel húmedo, las canciones. Vienen de amanecida por el camino.

De sus orejas penden aros de magnetita. Y un antifaz de latón, de oro, o de hierro, les hace ver más bellos de lo que son. Un rey, entre ellos, pronuncia el santo y seña.

Ya se escuchan los vítores, las maldiciones. Les arrojan claveles, les amenazan. Vienen por el camino de las guerras paganas, los poetas del mundo, los salteadores.

CORONACIÓN DE ENRIQUE BROUWER 2007

AQUÍ NADIE ME MOLESTA

En el sillón vienes heredado de mis padres
y en compañía del amable alcohol,
resoplo como una ballena arponeada en el corazón.
Apago la lumbre de las velas
con el aire que expelo por las narices.
Amanece.

No sé qué estará pasando tierra adentro.
Pero está claro que quienes se han hecho del poder
harán cualquier cosa por conservarlo.
Pondrán las palabras del modo que convenga a sus planes.
Alejarán de los cócteles a quienes dicen
las cosas por su nombre o les humillarán
haciéndoles escribir las letras de sus himnos.

Aquí nadie me molesta.
La puerta de camarote abre y cierra con un gruñido seco
pero agradable a mis oídos
ya hartos de conversaciones siniestras.
Por fin ingrátido, en la deriva inevitable.
A salvo de la truculencia de los santos
y del resentimiento de los burócratas.

INFANCIA DE HENRY BROUWER

Su padre se le acercó en horas del amanecer
y encimándole el rostro enrojecido,
su aliento de perra, le gruñó:
—«*¡Brouwer! ¡Levántate y vete a hacer fortuna!*»

Entonces el niño, apoyando las espaldas
contra el muro de la habitación,
vio una escuadra de bergantines ricamente enjaezados;
los mástiles lustrosos; las velas de seda de Brujas;
el pendón tricolor flameando al viento del nordeste.

—«*¡Levántate, levántate!*»
La voz del padre como el cañón que despedía
a las expediciones.
Su aliento, como la brisa que habría de beber
en los tristes trópicos.
El frío escurrimiento de la muralla,
sangre de los marineros que iba a matar.
El catre de bronce en que yacía, nave
en la ruta de las especias.

Y las ratas que asediaban la pieza oscura,
multitudes prestas a vitorear sus hazañas:
pontífices, meretrices, prostitutas; enjoyados príncipes,
mercaderes de todas las layas; trovadores, saltimbanquis,
castrati y *condottiere*.

—«*¡Brouwer! ¡Levántate y vete a hacer fortuna!*»

Como un bajo continuo.
Como la luz en los aguafuertes de Leiden.

EL SUEÑO DE LOS PECES

El niño Hendrick se acercó una tarde a la orilla del río para observar el merodeo de los peces.

Les gustaba de ellos el contraste entre el sinuoso movimiento de sus cuerpos y el modo neutro en que le miraban sus grandes ojos.

«¿Cómo será estar bajo el agua?» –se preguntaba.

Espero a que un pez se acercara lo suficiente e intentó atraparlo con sus manitas.

En su empeño trastabilló y cayó en el lecho del río.

Entonces contempló la vegetación que ondulaba suavemente en el imperio de la luz submarina.

Sintió el fluir de la sangre percutiéndole en las sienes.

«Soy un pez ahora»– se dijo. Mas, de pronto, un golpe de agua le repletó el estómago.

Supo que caía en un pozo cada vez más profundo y cada vez más oscuro.

«¿Me estaré ahogando?»– reflexionó.

Entonces sucedió que una mano lo cogió por los suspensores y lo elevó hacia al aire poderoso de la tarde.

«Los peces no se cogen con la mano»– le dijo su abuela, mientras le restregaba los cabellos con una toalla.

«Pudiste ahogarte, Hendrick».

Pero el niño tenía la mente puesta en los ojos de aquel pez, en la sombría luz descubierta en el fondo del río y en esa mano que nunca habría de abandonarle durante la travesía de los grandes océanos.

EL MAR DE LA DESOLACIÓN

Soy capaz de asesinar por abrir a mis codos
un espacio en el mesón de las tabernas,
donde bebo sólo por el placer de ver en cada nube
velas nuevas para mi barco.

La desolación es para mí la distancia que existe
entre lo que vivo y lo que sueño;
las semanas de espera entre uno y otro decomiso.

Estoy solo, es verdad. Pero la situación es menos triste
que vivir entre cacatúas y papagayos,
dedicarme a contar las cabezas que ruedan
de uno a otro lado sobre la cubierta.

O quedarme pensando si vale la pena
tener hijos que no se pueden criar;
o si, dándoles de comer, no puedes explicarles
que la carta mayor es una estafa;
el catecismo un camino de sumisión;
y la honradez un cazabobos
que permite a los poderosos vivir a nuestra costa.

FUMADORES Y BEBEDORES

Siendo todavía un niño,
los amigos de mi padre solían llevarme al *«Indias Orientales»*,
una taberna ubicada en las cercanías de los muelles.
Pusieron una java con cervezas en el suelo
y en torno a ella se pusieron a fumar y beber
sin descanso.

Hablaban atropellándose,
reían sujetando sus estómagos repletos de sidra.
Yo permanecí en silencio observando sus rostros miserables.
*«Cuándo seré grande
–pensé– para no estar aquí aburriéndome»*.

Vinieron unas mujeres cuyas bocas pintarrajeadas me
causaban gran temor.
Ellas me miraron con afecto, no obstante.
Una de las nodrizas me cogió en sus brazos
me condujo por un pasillo maloliente
en dirección de la cocina.
«Quédate aquí por un momento», me dijo,
depositando mi cuerpo sobre el cajón de los leños.
Antes de desaparecer,
la mujer se miró en un pequeño espejo.
Los amigos de mi padre cantaban
*«Hay momentos que no sé
lo que me pasa / tengo ganas de reír
y de llorar»*.

De pronto acertaba en ingresar un enorme perro de orejas caídas.
Sin prestarme atención se echó a mi lado junto a la estufa.
Yo permanecía inmóvil
mirando el morro de su nariz,
hasta que el animal se quedó dormido.
Reinó el silencio.
Sólo se oía el crepitar del fuego.
Al cabo, ya a oscuras,
vino mi padre por mí.
«¿Qué tal, campeón?»– dijo, con aire campechano.

Pero yo le odié.
¿Para qué demonios me abandonaba allí?

De este modo

aprendí sobre el movimiento de las flamas,
a estudiar el sueño de los perros.
A soportar la soledad mientras el mundo se divertía.

Por eso me hice marinero.
Aquí, entre las grandes olas,
nadie me molesta.

RECOMENDACIONES DE BROUWER ACERCA DE LAS LABORES DE VIGILANCIA

Una o dos copas de aguardiente
mantienen la mollera libre de estupideces.
Tuve un vigilante tan celoso de su misión
que olvidó cuidar de sí mismo,
hasta que cierta noche de luna llena
una tropa de borrachos
cortó su cabeza de abstemio.

Ahora su cabeza
suele aproximarse a nuestro barco
pidiendo un poco de alcohol
y es señal de que un navío de la competencia
pretende saquearnos las bodegas.

A beber pues, sin reparo, una o dos copas
según lo recomiende la propia envergadura,
toda vez que el exceso de vigilia
le hace a uno ver al enemigo antes de tiempo
y consume las energías necesarias
para el auténtico combate.

MAR DEL PLATA

Fragmentos

Los hombres de la plata saben amar su música y a quienes le echan a volar por las corrientes del aire.

...

De su lengua, orgullosos.

Y de sus muelles, donde las piernas de las mujeres son luciérnagas en medio de la tarde brumosa.

El ritual de la identidad no es para ellos un enigma por descifrar, sino que es como la misma respiración.

Al abrir los ojos, no necesitan echarse la vida a cuestas, pues, aún en sueños montados van en ella a través del túnel de la noche.

...

A UNA DAMA ASOMADA A UN POSTIGO

Hembras bellas conocí y persuadí en las trastiendas de los puertos.
Les decía frases simples que apuntaban a lo más importante:
«La vida es breve»; «juntos podremos alcanzar la eternidad», etcétera.

Así conseguí desnudar a mil: a falta de dinero, mentiras.
Bellas mentiras, arte de la palabra que lleva en el énfasis
–no en las raíces– su consistencia.

Un seno en la penumbra, piratillo, vale una Biblia.
Una sola noche con mujer: un año de palabrerías y peripecias sin fin.

Si los cojones están donde tenerlos el varón, debe,
reconocerás la verdad de esta sencilla causa:

Bajo la blusa de una dama asomada a un postigo
yace el secreto de la persistencia humana.

DAFNE / EL DELIRIO

Ahora hay niebla, Dafne.
Menos de una milla, en derredor, el horizonte.
No sé bien si, de algún modo, voy o vuelvo.
Me conformo con esta sensación de movimiento: el cabeceo persistente y los gruñidos de la madera que acompañaron mis días.

Me conformo con lo que en esta deriva me contuvo: vértigos, ritos, decomisos.
La taberna que reunió en torno al aguardiente a las almas que saludaban la noche.

Porque no pude amarte, no fue un refugio nuestro hogar, cuya puerta un día entornáramos juntos.

Regateábamos hortalizas en la feria y volvíamos con plumajes tricolores engarzados en los sombreros.

Ahora la niebla humedece los pelos de mi barba y sabe Dios en qué cuadra otros dedos cogerán el peine con que alisaba tus cabellos y descorrerán –amorosamente– el *broderie* con que ceñías tus altos muslos de hembra.

Pero el aroma de jabones finos que contenía tu sexo, prendido se quedó entre los pelos de mi barba.

Pensaba en él para apurar el tranco que me alejaba de los muelles, ciudad adentro, o para hacer mas lento el trámite del zarpe.

Porque no pude amarte sólo en el trabajo encontré sosiego.

Me hice virtuoso.

Recopilé cálices de oro.

Comí y bebí contemplando el rostro de los que mandaban a cortar cabezas y posicionaban moros en los medios de comunicación.

Fui a solas por los mares y todo estuvo bien.

Qué otra cosa puede pedir un bucanero sino sobrevivir a la traición, a la peste.

Al recuerdo de los hijos que se pudo tener o quizás se tuvo y que perdidos están, de cualquier modo, como tú y yo –Dafne, en la niebla sin fin.

LAS TRES GRACIAS

Se agradece la belleza
que puso su luz en las noches sombrías,
cuando la memoria –acorralada por crímenes ilustres–
no encontraba el reposo,
condición de nuevas hazañas.

Se agradece la inteligencia
que comprendió sin sobresaltos el punto de vista contrario;
el proceso de la agonía;
el humor repentino y absurdo;
la importancia de lo simple y lo ordinario;
la necesidad del silencio, de la no acción;
la preeminencia del aquí y del ahora.

Se agradece la bondad
que abrió los brazos después del fallido asalto;
en la calamidad del naufragio;
o la soledad del alma perdida.
Creédme, de las gracias concedidas,
fue está la mayor.

EL ESTRECHO DE LAS CERTIDUMBRES

Viajar es un intento por sobrevivir a los días
en que despiertos
–creímos estar despiertos–
jalábamos de un hilo ebrio el fuego de las estrellas.

Desaparece el lago de la memoria acumulado allí donde los ojos buscan asentarse.

Resucita en cada nuevo viaje la voluntad de eyectar
sobre los páramos.
Una moneda se levanta tras las cordilleras que levantó la pobreza.

Viajar es renacer erguido sobre el charol descascarado
y las velas se hinchan con el aliento que ya no recordaba nuestra respiración.

Mis certidumbres son dudas que confían en sí mismas.

POR ÍNSULAS EXTRAÑAS

Lugarejo de Carelmapu, atardecer del 3 de junio de 1643

Ingresamos por entre farellones verdes
hacia un mar de islas separadas entre sí
apenas por el ancho de tres naves.

Desde la orilla, reunidas en torno a unos pedernales,
nos hacían señas las gentes.
Voceaban una lengua desconocida por este Almirante.

Comían de algunos peces dispuestos sobre los leños ardientes.
Estaban desnudos, a pesar de la ventisca.
No parecían sufrir, aunque lucían miserables.

«¿Cómo os copuláis y parís críos en medio de estas soledades?»—,
pregunté, nervioso, desde el puente, más que nada
para impedir que la compasión me asediase.

*«¿Cómo es que os agarráis a la vida, pendejos,
ignorantes del esplendor y los perfumes?»*

Mas, no iniciaron actividad alguna para acercarse al barco.
Tan sólo nos veían pasar, como si fuésemos nubes.

Había unas chozas, unos perros.
Todo estaba triste. Y vivían allí las gentes.

MURIÓ BROUWER

Fragmentos

Agosto 7, 1643. Amaneció soplando un viento del NE. Murió el General Enrique Brouwer, entre las 10 y las 11 AM. Rogó encarecidamente a sus consejeros que, cuando el Todopoderoso pusiese termino a su vida, se conservara su cuerpo y se le hiciesen los honores fúnebres en la ciudad de Valdivia.

...

Nada más por cumplir con su deber,
saqueó sin pudor los caseríos repoblados.
Copoló con mujeres de todas las razas y edades,
pues le hacía gracia ver como las lágrimas
se convertían en palomas mensajeras.

No creyó en dioses y los dioses no creyeron en él.
Pero respetó la integridad de los conventos,
pues le recordaban el volumen de sus barcos:
«*Son como los fluyt, los templos*»– decía.

...

Puso sus propios huevos como garantía
en cada nuevo negocio.
Asesinó cuanto fue necesario.
Y jamás se arrepintió.

EL HOLANDES ERRANTE

Fragmento

Ciudad irreal.

Ya no regreso a ti si no es para saquearte.

¿Por qué habrían de importarme ahora tus reliquias?

Tengo hambre: devuélveme el cordero que ingenuamente sacrificué en tu nombre.

La humedad consiguió atravesar la suela de mis botas y estoy dando tiritones en el interior de una cajuela metálica, donde se detienen los barcos que otrora me llevaban a casa.

Qué rápido hemos hecho la travesía hasta los mares de la corrupción.

Me muero de aburrimiento y estoy tratando de abrirme paso entre la marejada de automóviles que copan las vías de acceso a mi guarida.

A veces me dan ganas de ir corriendo donde mi madre y romper a llorar en su regazo. Temo haber despertado demasiado tarde para reparar nada.

CORONACIÓN DE ENRIQUE BROUWER

No bien hubo traspasado el pórtico
que sólo a los felices les es permitido franquear,
vinieron a él sus mujeres más discretas;
cubrían con sedas sus amables pechos
y lucían flores en sus cabezas;

Sobre un cojineté de raso del color del mar
traían la corona y se la ciñeron;
él y ellas sonreían, no había apremio alguno
en sus semblantes; le entregaron las llaves del puerto
donde moran las almas de los que navegan;

Le preguntaron cuál era su voluntad
y él dijo: «*¿Han visto por aquí a mi padre?*»
«*En la otra orilla*», respondieron.
«*Necesito un barco*», ordenó el Almirante.
Y, desde entonces, anda Brouwer, errante
por las constelaciones.

RIEDEMANN BLUES INÉDITO

«LLÉVAME HASTA EL FIN DEL MUNDO»

Está desconectado. No tiene nada que hacer y quiere irse de aquí. Pero no sabe bien dónde. Por lo pronto, va hasta los bordes de la ciudad y allí, en la carretera, levanta su dedo pulgar y un letrero que dice: «Llévame hasta el fin del mundo.» No tiene nada que hacer y debe cambiarse de barrio. Pero no sabe dónde habrá un espacio para él. Siente un fuego en el alma que no le deja dormir. En cuanto se levanta cae sobre él aquella brasa ardiente, que le dice: «¡Eres prescindible, vete de aquí!» No tiene nada que hacer y debe abandonar el pueblo. Siente que un río se lo lleva guarda abajo en medio de la noche. La ciudad se ha vuelto contra él y le muestra sus dientes, le persigue por las calles para morderle los talones. Por lo pronto, se ha instalado en los bordes de la carretera y allí, junto a la cuneta, levanta su dedo pulgar y aquel letrero que dice «Llévame hasta el fin del mundo.»

TENÍA QUE IR A AUSCHWITZ

Dijo que iría a Auschwitz. No para quedarse, claro que no, ya había escapado de todo aquello. A veces mencionaba a un tal Luciano. «¿Se acuerdan de Luciano?», preguntaba a los de su tribu. Antes había dicho que les debía una cruz a sus amigos asesinados. Que tenía que ir a Chacabuco, a Treblinka y a Llancahue para codearse con los fantasmas de esos miserables abatidos en mitad de su sueño. También dijo que iría a Ritoque a cantarles un blues «para ver si sus almas nos alumbran». Quería darse una vuelta por Isla Teja, donde una vez estuvo preso. Era sólo un muchacho, casi un niño, aunque había otros tipos aún más jóvenes que él. Nobles chicos quemados en su vuelo para siempre. Dijo que tenía que ir a Auschwitz y después a Guantánamo. Aseguró que iría allí y soplaría sobre el suelo ceniciento «para que las almas de esos pobres diablos suban hacia lo alto y caigan, luego, como amorosa lluvia sobre los campos». De último no se le ha visto por el pueblo. Los de su tribu temen que se encuentre desaparecido.

NO QUERÍA SER UN ROLLING STONES

Un amigo le contó que pensaba entablar una demanda por publicidad engañosa contra el Cielo S.A. Fue allá tal como señalaba el convenio. Nadie salió a recibirle. De pronto vinieron unos tipos con pistolas, le golpearon terriblemente en los flancos, le pusieron un saco en la cabeza, apenas podía respirar. Su madre le había enseñado el *Padrenuestro*, gracias a ello logró conservar las lágrimas en su lugar de partida y esperó lo mejor que pudo apuntalándose en una especie de arrecife. Vino otro tipo y le pegó una patada en el culo «Juguemos a la gallinita ciega» –le susurró al oído. Apenas podía estornudar, estaba francamente malhumorado. Entonces pensó en entablar una demanda por maltrato de obra. «¡Ya –le dijo otro tipo– Te subes al camión con los demás!» y les llevaron con rumbo desconocido, boca abajo contra el piso de hierro. Dedujo que le llevaban a las afueras de la ciudad «Me van a fusilar» –dijo que pensó entonces– Después pensó que ya estaba muerto. «Es ridículo sentir miedo en estas circunstancias». Entonces les echaron abajo y luego a rodar por una pendiente. Sintieron que volaban o que subían, parece. «¡Somos libres!» – gritaban. Pero iban cayendo uno tras otro sobre los arrecifes. Y dijo que después sólo se oía el sonido del mar, la espuma del oleaje lavando la sangre esparcida momentáneamente sobre las rocas.

ÁUREA

Memoria de Aurea Vásquez Pinuer (1920-2012)

Hizo la cola del pan durante la guerra. Y para ver *Trapezio* con Burt Lancaster. Y para conseguir agua potable o chanco chino en los días del terremoto. Y para obtener matrícula fuera de plazo en la escuela. Y para comprar un *Hilton* durante la Unidad Popular. Y para cobrar la pensión de vejez en el seguro social o pagar la multa por los impuestos atrasados. Y para que atendieran a su esposo en la unidad de tratamientos intensivos. Y para que restituyeran el suministro de la energía eléctrica en su domicilio. Hizo cola en su vida para que otros fuesen felices, pero aquella que hacía los domingos en la cárcel para ver a su hijo, la hacía para ella. Él la veía avanzar en la larga cola de las madres en septiembre y en octubre y en noviembre. Y cuando el momento de abrazarse era inminente, el corazón del joven saltaba como bocha loca. Y es que él quería que sólo su corazón la recibiese. No quería darle lágrimas luego de tanta espera, sino decirle que estaba herido, pero amando. Sin embargo, cuando sus miradas se ponían en contacto no podían contener la emoción. Y, hundido el rostro en los cabellos de su madre, el joven le decía: «Áurea, no sé si podré volver a casa, pero dile a los pájaros que se mantengan alertos».

RENÉ BARRIENTOS WARNER (1944-1973)

Tenía la cabeza grande: «El Cabeza», le decían. Tocaba el ravel con gesto altivo, como quien se echa un fusil al hombro para ir de caza tras la liebre fugitiva de la libertad. Quería que el pan, la instrucción y la belleza estuviesen al alcance de todos, en todas partes, al mismo tiempo. Inteligencia, sencillez y afecto; como la música de Mozart inundando la cocina donde hervía picorocos y pelaba la papa amable de su tierra. René Barrientos Warner, se pronuncia su nombre y la amargura se va del corazón. Y no se odia a nadie. Y se tiene confianza en el futuro. Porque él y los otros a quienes asesinaron se han vuelto indestructibles y ya más nada –excepto la ingratitud- podrá volver a agredirles nunca. Es un amanecer de octubre de 1973. Le ponen una venda negra en los ojos. Ha llovido y en las calles de Valdivia se han formado pequeños charcos aquí y allá. Siente venir, en cámara lenta, las balas. Les oye cortar el aire y avanzar como una bandada de treiles por los campos de Chonchi o de Dalcahue. Ya están al llegar. Ya van a formar parte de él, de su historia, del fantasma querido que ha sido para quienes trabajaron a su lado por un mundo mejor. René Barrientos Warner muere y renace en la memoria de quienes oyeron la música de su alma: *«Morir por hacer realidad un sueño, es mejor que hacerlo por falta de uno»*.

INFORME DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CENA DEL JUEVES

Se puso de pie y dijo que aunque les pidieran perdón, aunque honestamente les pidieran perdón, no les devolverían la sangre que perdieron. Que los hijos, las imágenes, los libros incinerados, los amores perdidos, los sentimientos de apego a la tierra, la ebriedad del aire y las nubes provocadoras, que la vocación del cielo no les devolverían. Dijo que los supuestos salvadores debieron pensarlo antes: que la vida de un hombre o la vida de una mujer es sagrada siempre. Que bajo cualquier circunstancia no vale la pena matar por una idea a otros que tienen las mismas manos y la misma cabeza. Según él, no sólo faltaron al mandamiento que decían profesar, sino que el sentido común también fue transgredido. «Se comportaron como bestias». Insistió en que no les devolverán la sangre derramada, que se ha ido –dijo– hasta el centro de la tierra y que acaso ahora era flor, fruto, uva rosada o negra. Que a lo mejor era el vino que iluminaba la mesa o acaso el trigo que dormitaba en la panera. «Era nuestra sangre y nos la quitaron a la fuerza.» Se aventuró en afirmar que quizás el mundo no podía prescindir de las mentes siniestras, pero que atajarlas a tiempo podría ser causa benéfica. Por último, dijo: «Ahora repartamos de nuevo el pan y brindemos por la vida que nos queda».

CANDELAS ENCENDIDAS

¿Cómo es que la gente ha vuelto a encender velas al atardecer? ¿Por qué marcan sus territorios con candelas oscilantes? ¿Qué demonios echan de menos en sus conversaciones y en sus almas? ¿A qué espíritu misterioso están invocando, qué es lo que temen? Algo ha de estar roto allí dentro, en el silencio. Quizás es el amor reclamando su antiguo espacio. Y el amor es esa flama que arde en esos cuartos.

MARGARITAS

Las que estaban en el delantal de su abuela Elisa. Otra que mencionaba Nicanor, parece que era traductora. Otras, muchas, en la carretera a la altura de Victoria, verano de 1990. Una que usaba falda plisada era tenista. La que fotografió el puente sobre el canal de Chacao cuando aún no existía. La dama de hierro. Oye, está linda la mar. La Yourcenar. Mi cuñadita de antes, cuando yo era apoderado del 3°B. La que se casó con Gregory Bateson, que era lésbica y doblemente feliz. Otra, sublime, que me llevó hasta el final de la tierra firme y me enseñó que no hay que atajar la belleza, que hay que dejarla libre. Que todo es traspaso. Las quiso y le quisieron mucho poquito nada, como tiene que ser, que así son las margaritas. Igual aquí todas reunidas en torno al fogón imaginario, sus pétalos como lenguas de fuego alumbrándole el rostro.

EN LOS OJOS DE ELLA

Memoria de Gabriel Coddou Espejo (1944-2004)

En los ojos de ella él dice ver el cielo, ve nubes avanzando por allá lejos. Dice ver navegaciones y regresos, la carta náutica, los mapas del archipiélago. En los ojos de ella habitan su inquietud y su sosiego, sus más queridos sueños, la llave más antigua de aquel mundo secreto. Y ve como la música se convierte en besos. En los ojos de ella jadeante huele el vino de sus cuerpos, ve carreteras y pueblos, ve continentes completos, la galaxia, el firmamento. En los ojos de ella la canción que está escribiendo. Si el amor es «ver la luz en los ojos de quien se ama» –como decía Coddou– en los ojos de ella ve un caballo en llamas. Su corazón como estrella en una noche de Ancud, en los ojos de ella